

Jennifer se declaró ameaba delante de su marido. Él no se lo podía creer tras el onceavo gatillazo en treinta días. «¿Ameba?, ni puta idea, pero si lo dice ella será así», se decía sentado en la cama a su lado mirando fijamente la pared de enfrente.

—No te entiendo, Gerardo —empezó al borde del grito desgarrado de la impotencia—. Me dices hace unos minutos que te excito y luego ¡pam! se te baja. Es que... no sé qué hacer ya.

—Yo tampoco. Me ilusiono, empiezo a comerte y mira ahí abajo, se esconde el hijo puta... aunque tú tampoco ayudas.

—¿Cómo? —exclamó ahora sí gritando y saltando cual rana para ponerse delante de él mostrándole sus tetas caídas de casi cuarenta con dos hijas—, ¿yo no ayudo? Pero ¿qué quieres que haga si esa cosa no funciona?

Al borde del asco, Jennifer no sabía si cortarle el pito a su marido o tirarse al butanero, que tenía su punto y un tanto cliché. Los adoraba.

—No ayudas, cariño —con talante serio y mirándose el uno al otro a los ojos trataba saliva para no increpar todavía más la ira de su mujer—. No, Jennifer, no me ayudas. Ya no eres creativa. Tengo la sensación de tirarme a un palo. Te quedas ahí recibiendo y yo me canso, me agoto al notarte tan lejos.

Jennifer se desinfló. No tenía más energía para seguir colorada con los nervios de punta. «Ahora resulta que este tío me echa la culpa por ser un picha floja».

—Hago lo mismo que siempre. Eres tú el que comienza como un loco tocándome y luego después de meterla...eso, ya sabes, no funciona.

—¡Pues haz que funcione!

El estallido masculino y la ira contenida zanjaron la conversación. Jennifer se puso por encima la bata de estar por casa para ir al salón a llorar. En el último mes esas eran sus noches. Excitación, gatillazo, lloros y los lamentos de Gerardo durante las veinticuatro horas siguientes.

«¿Se habrá apagado su fuego latino? Es más joven que yo. Igual he llegado a mi fecha de caducidad. No seas tonto, tienes cuarenta y seis». Esto y más pensaba Gerardo a la desesperada.

Durante los días venideros, Gerardo no se acercó a Jennifer por miedo a tener una bajada sin retorno. En el aburrido departamento de RRRHH de una empresa de limpieza pensaba en una solución, pero al ser ansioso lo quería ya. Inmediato. Había pensado en un sexólogo. Demasiado lento. «Debe ser lo más rápido posible, si no voy a perder a Jennifer». Esto último no podía permitirlo, así que interrogó al respecto a su compañero Pedro, su confidente. Quizás la confianza mutua que se tenían venía de que se habían casado con sus mujeres en la misma época y habían entrado en la empresa en el mismo trimestre del mismo año.

—Ve al médico, lo mismo es físico —le decía Pedro en el desayuno.

—Iré, pero ¿qué puedo hacer? Esta situación dura un mes entero, Pedro, y veo que la voy a perder. ¡Voy a perder al amor de mi vida!

—Cálmate —dijo en un susurro—. La infidelidad no va contigo, vale, entonces prueba con juguetes para que ella se excite más, ya que es un trozo de madera.

—Hombre, no te pases.

—Lo has dicho tú, yo no.

—Está bien. Mira, Pedro, estoy perdido y no sé qué hacer —dijo al borde de la desesperación—. Necesito una solución ¡ya!

Con un gesto de cabeza, Pedro le indicó salir a la calle a fumar. Gerardo se hizo cargo de la cuenta.

—He visto por internet un utensilio, bueno, un juguete para las mujeres.

Gerardo esperaba impaciente, pero su amigo siempre tardaba mil horas en contar algo.

—Mira, en internet dicen que es la solución definitiva al orgasmo femenino y según dicen se ponen muy perras.

—Pero ¿qué es?

—Espera, espera. Es una cosa que va con batería, igual que un móvil y las tías se corren que da gusto—miró su reloj. Hora de volver—. Te explico mientras volvemos.

La explicación, amplia y pesada, no llegó a lo verdadero importante: el nombre del dichoso aparatito y donde comprarlo. Al final de la mañana, el pobre Gerardo tuvo que sacárselo por WhatsApp.

Escaqueándose por la tarde del trabajo *gugleó* desesperado por encontrar una «cura» a su mal. Leyó opiniones de mujeres y algunas de hombres diciendo que ese aparato les había salvado la vida. Orgasmos, miles, por fin. «Satisfyer», dijo para sí. Los ojos le chispeaban. Estaba enloquecido de felicidad porque había encontrado la panacea. Aprovechando la ausencia de la jefa se largó poco antes de la cinco para ir a una tienda que había encontrado en la red donde casualmente les quedaba uno. Por WhatsApp lo había reservado, aunque Gerardo era tímido para según que cosas. A veces tartamudeaba cuando los nervios lo atenazaban llegando a no poder ni hablar. Se quedaba mudo en un atasco vocal interminable. Incluso hacía caras raras para empujar de una vez las palabras. Inútil. Resultaba inútil del todo.

Aparcó de cualquier manera su utilitario con dos silletas para niños en el asiento trasero. Miró atrás y recordó las caras de sus hijas cuando conducía él, temerario y taciturno. Tocando el claxon por todo y soltando improperios a todo quisque. Gerardo no era buen conductor, aunque para él los malos eran los otros. Así con todo, menos con Jennifer, su talón de Aquiles.

—¿Qué desea? —quiso saber la dependienta, una rubia oriunda del lugar con cierta picardía. Normal en un sex shop.

—Pues... pues... joder —nervios y tartamudeo. Pausa. Toma aire. Suda—. Disculpe... es que estoy...

—...nervioso —interrumpió entendiendo la situación —, no se preocupe, aquí está entre amigos, bueno, amiga, ya ve que estamos solos. Y aprovechando que lo estamos vamos a romper ese hielo vergonzoso con un *tour* por la tienda, sígame.

Gerardo quiso explicar el porqué de su pánico.

—No se impaciente, déjeme hacer mi trabajo, que no es poco, pero ¿me da para vivir? —dijo entre dientes—, qué más da. Lo que le decía, aquí tenemos los juguetes más satisfactorios del mercado, espere, ¿es casado?

—Ah...

—Casado. Se le nota en la cara. A ver, este es mi vibrador favorito. Yo lo uso y es, hum, una delicia. A su mujer la llenará, como a mí, si usted tiene, bueno, ya sabe, eso pequeño —Cotorreaba más que hablaba. Parlotecía cómo la vecina chismosa incluyendo ademanes refiriéndose al artículo en concreto—. Este descartado. Aquí tiene este otro. A pilas con seis velocidades. Su mujer verá el cielo, no, estará en él y usted se lo provocará. También tenemos geles de todos los colores, sabores y temperaturas.

—Pero yo, yo... quería...

—No me interrumpa, por favor. Los hombres y su impaciencia —miró al techo con los ojos en blanco emitiendo un sonido extraño por la boca—. A ver, ¿qué quiere? ¿Lencería, vibradores, geles?

Se había puesto un índice en la boca pensando qué podía venderle al tontaina que tenía delante. Lo miró de arriba abajo. «No se le nota el paquete. Pito pequeño. Tartamudea, es tímido. Ha venido solo, algo no va bien».

—¡Lencería!

—Qu... q... qué —consiguió decir a la tercera el avergonzado y abrumado Gerardo.

—Lencería, hombre, lencería. No se quede ahí pasmado. Venga conmigo, vamos.

El atractivo primerizo de la dependienta se acababa de esfumar con la neurosis neoyorquina que irradiaba. Gerardo estaba a punto de salir corriendo y mandar el *satisfyer* a freír espárragos.

—Mire que lencería más fina. ¿Qué le apetece? ¿Sujetador y braguitas por separado? ¿Con ligero? ¿Con camisón cortito? ¿Rojo, blanco, negro, morado? —citaba sin apenas respirar. De un momento a otro se podría poner morada. Incluso salivaba y escupía al hablar tan rápido—, diga algo, que ha venido para arreglar algo en su matrimonio, ¿no? ¿No querrá que se lo elija yo?

—P...pero es que... yo.

—Pero que hombre, por dios. El más caro, que coño, rojo con ligero. Hala, vamos a la caja.

Casi fuera de sí e impotente Gerardo suspiraba, sudaba y escuchaba un sonido, el de su respiración nerviosa no sabiendo cómo comportarse ni que hacer. El sudor le caía por la espalda y la frente.

—Cincuenta y cinco euros. ¿Se lo envuelvo?

—No... no... no es eso lo que quiero —atinó a decir por fin. Suspiró aliviado.

—Entonces, ¿qué quiere?

La dependienta se exasperaba. Este cliente la estaba poniendo de los nervios.

—Esto —le mostró el chat de WhatsApp en el que había encargado el artificio de la salvación.

—Ups, perdón. Haber empezado por ahí, hombre. Si lo tengo apartado aquí debajo. El modelo que me ha pedido. Me lo ha encargado a mí —explicó sonriente.

—¿Cuánto le debo?

—Ochenta eurazos. Le voy a decir algo, acérquese —, con este modelo su mujer lo va a flipar y si usted quiere probarlo, el extremo más finito es para usted. Lo flipará. A mi novio le encanta.

La miró deseando salir de allí. Pagó con tarjeta. Ni se despidió. Mientras conducía camino de casa recordaba los minutos eternos en el sex shop. No se sintió arropado en la compra, pero sí atacado, abrumado y a punto del grito desgarrador de la impotencia. Imaginó que estrangulaba a la dependienta mientras parloteaba y no lo dejaba explicarse. «Cállate, bruja, cállate». Solía pensar ese tipo de cosas, que nunca haría cuando una situación, como esta, lo sobrepasaba.

Llamó a su suegra para pedirle el favor de que cuidara de sus hijas y que se quedaran a dormir en su casa. La suegra tipo: «¿Por qué? ¿Pasa algo?». Intentaba escurrir el bulto, pero su yerno erre que erre le dijo algo como: «Su hija y yo necesitamos intimidad. Por favor, suegra». Convencida por su adorado yerno aceptó, pero solo esa noche. Gerardo llegó al piso como un relámpago, cogió las cosas de las niñas y a toda mecha fue a recogerlas de las clases extraescolares.

—¿Dónde vamos, papá? —preguntó su hija mayor. Una niña de unos diez años con el típico uniforme escolar y coletas.

—A casa de la abuela.

—¿Entre semana? —preguntó retóricamente.

—A mí me gusta la abuela —dijo la más pequeña.

—Pero no has sacado de las clases y eso no está bien —atajó la mayor de diez años —.¿Te has peleado con mamá?

—No, hija.

Conducía raudo para llegar al hogar antes que Jennifer para tenerlo todo preparado para la entrada triunfal del aparato que los salvaría de la destrucción marital.

—¿Entonces? —quiso saber la niña. La hermana menor se distraía con la tablet viendo unos dibujos de Bob Esponja.

—Pues nada, hija. No pasa nada malo.

La niña decidió callar. Sabía que algo no iba bien, pero prefirió aceptar pasar el resto de la tarde con su abuela, aunque ignoraba que dormiría toda la noche con olor a naftalina.

En un pis pas dejó a sus hijas al cuidado de su suegra y sin despedirse de nadie saltó dentro del coche pitando y chillando a los conductores que se encontraba a su paso. Les cortaba el paso, se saltó dos semáforos, chirrió ruedas y un sinfín de episodios valedores de retirarle el permiso de conducir por una buena temporada.

En el piso conyugal de la periferia a un precio desorbitado encendió velas aromáticas, apagó luces dejando las necesarias para crear un ambiente erótico. Preparó la cama con viejos y desgastados pétalos de rosa del último San Valentín. Si los hubiera guardado en el frigorífico, pero Gerardo era así, pura improvisación y bastante caótico. Se duchó, perfumó, rasuró y en bata de imitación de seda se sentó en el borde de la cama a desembalar el artilugio del amor. Sacó el aparato. Le pareció extraño, aunque también curioso. Alargado con un extremo más delgado que el opuesto. Lo que más le gustó fue el color rosa. Le daba un rollo alegre y puede que divertido. Flexible, dos motores, ideal para parejas. Es lo que buscaba. Disfrutar con Jennifer como en los viejos tiempos. «Incluso se puede mojar», se dijo mientras pensaba en las miles de cosas que podía hacer con el salvador. Lo puso a cargar y se relajó leyendo el librito de instrucciones.

«Se puede utilizar como anillo para el pene. Esto promete», pensaba mientras miraba el reloj impacientándose cada vez más. ¡Las siete. Está al llegar!». Puso música *chillout* en su móvil conectado por *bluetooth* a un altavoz. Todo estaba dispuesto para una noche de pasión. Una infinidad infame de fantasías, ideas y posturas invadieron su ego masculino llenándolo de emoción e ilusión renovadas como en los viejos tiempos. Se sentía feliz y cierto de que su matrimonio no estaba acabado.

En la cocina preparó dos *martinis* como le gustaban a Jennifer: con muchas olivas rellenas. Se bebió el suyo y por qué no tomar otro. Eso hizo para avivarse por dentro. A la media hora se empezaba a impacientar y apagó la música relajante. Dando cabezadas en su sillón preferido y achispado por los dos *martinis* la puerta principal se abrió. Jennifer llegaba cargada de bolsas de un centro comercial y *wasapeando* con alguien. Con los ojos legañosos, Gerardo vio como su ilusión le caía a los pies, pero pronto se repuso y hecho todo un caballero decidió ayudar a su esposa con las bolsas.

—Gracias, cariño —agradeció sin soltar el móvil —¿Qué es ese olor?

—¿Qué? Ah, el olor —dijo sonriente y embobado—, es el olor de la pasión, nena.

—Pero ¿qué dices? Me refiero al olor de tu aliento, tonto. ¡Qué hombre!

—Me he tomado dos *martinis* mientras te esperaba —explicó dejando las bolsas sobre la encimera de la cocina—. Pensaba en tener una tarde noche romántica contigo.

—Ya veo, pero ¿y las niñas? ¿Dónde están?

—Están con tu madre, cariño. Te acabo de decir que...

—Ya sé lo que has dicho sobre algo romántico —dijo despectivamente—. Para romanticismos estoy yo.

Tomando la copa de Martini ya caliente y aguada, en actitud sensual le ofreció la copa a Jennifer.

—Así que estás romántico, ¿y eso?

Tomó la copa y al llevarla a sus labios.

—Esto no vale nada. Está caliente —increpó con malos modos.

—Es que.

—He tenido un día de mierda. He discutido con todos: con mi jefe, con los compañeros, con los clientes y luego a casa y no encuentro a mis hijas, tienes la casa como un puticlub y encima este Martini que habrás preparado hace horas está aguado. ¿Es que no hay nadie en el mundo que me entienda?

Sin descomponerse ni un ápice, Gerardo quiso aliviar a su esposa con dulzura y atenciones.

—Cariño, necesitas un baño caliente. Voy a prepararte uno.

—Ya me lo preparo yo viendo la inutilidad del *martini* —dijo con enfado y mala uva.

Decepcionado consigo mismo, cansado de hacer el tonto y casi convencido de que no podía re- enamorar a su esposa se quitó la bata y se puso el pijama. La esperó con otro vermut blanco mirando la tele sentado en su sillón. Casi una hora después Jennifer apareció de repente.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

—Un Satisfyer —respondió mirando al aparato con tristeza. Su plan se había ido por el retrete.

—Eso ya lo veo, sé leer. Lo que quiero saber es que hace encima de la cama.

—Bueno, yo... lo he comprado para jugar con él.

—¿Jugar quién? ¿Tú? —preguntó sin respeto.

—Los dos...quiero decir, tú y yo.

Leve tartamudeo, nervosismo y la imaginación aniquilada por la falta de sensibilidad de Jennifer. Había elegido el peor día de todos para satisfacerla.

—¿Crees que esto va a arreglar que no se te levante? Pero que ingenuo eres, Gerardo —Quiso retenerla con una caricia en su brazo, con amor, respeto y sumisión—, déjame.

Con las ilusiones y alegría vespertinas pisoteadas y la hombría machacada decidió vestirse y salir a la calle a tomar el aire. No le vendría mal. Ni se despidió. Dejó el móvil adrede para estar incomunicado.

Al ver que su marido se había ido se pudo relajar y pensar en lo que acababa de pasar. Era dura con él, pero una mujer como ella: liberada, autosuficiente y demasiada hembra para un idiota como Gerardo, no podía permitir ciertas cosas. Un hombre de verdad debía excitarse sin juguetes. Debía excitarse al ver a su mujer desnuda o tocándolo. No entendía, que aún estando en plenas facultades sexuales no pudiera provocar deseo duradero en Gerardo, el padre de sus hijas. Quizá el problema era ese. Pero ¿y si funcionaba? Llevaba demasiado tiempo sin tener un orgasmo como Dios manda. Así que aprovechando la soledad se metió en la cama. Se deshizo de las braguitas de encaje blanco y comenzó a usar el juguete.

Una hora y decenas de orgasmos después estaba rendida, muerta de placer y feliz. Se durmió. Gerardo decidió dormir completamente borracho en el sofá.

Como epílogo podríamos añadir que el pobre Gerardo no arregló nada. Jennifer no dejaba que se le acercara porque ya tenía un sustituto, un amante perfecto que siempre funcionaba y le provocaba los mejores orgasmos que jamás había experimentado.